

Efectos de masculinidad y régimen de sí en la invectiva amorosa catuliana

MARÍA EUGENIA MARTÍ
PUDS – CEI – UNR
evgeny20@gmail.com

Resumen: El presente trabajo considera la construcción literaria de un cierto *régimen de sí* en las invectivas amorosas catulianas. De esta manera, a partir del análisis de ciertas constantes en relación con el empleo estratégico de la injuria en los poemas es posible advertir que: el socavamiento de la masculinidad de los rivales amorosos permite reforzar la propia virilidad del ego enunciador; el hecho de privilegiar ciertas zonas corporales para centrar en ellas los ataques se corresponde con las zonas y modos en los que el comportamiento sexual de los ciudadanos era vigilado y regulado por los protocolos sexuales de la época; la escisión entre el ego poético y el poeta como sujeto histórico pone en evidencia no solo la estrategia de lectura que se propone programáticamente para los poemas, sino también y especialmente las consecuencias de transgredir las normas de comportamiento impuestas sobre los *virī* romanos del siglo I a. C. De esta manera, el régimen de sí propuesto tanto para el ego *amator* infractor de las normas, como para el poeta viril que sanciona esos desvíos no hacen más que poner de relieve el funcionamiento de dichas normas y protocolos.

Palabras Clave: Catulo – invectiva amorosa – régimen de sí – injuria – virilidad

Ego poético *amator*/poeta viril: el régimen de sí en la poética catuliana

Se trata del siglo I a. C., del mundo Romano de fines de la República, en el cual la publicidad de la existencia y las diferencias de estatus regían tanto los modos de interactuar socialmente como las *prácticas de sí* (Cf. Foucault 2005: 82). Lejos de cualquier concepción esencial, lo que parecen atestiguar los textos del período que han llegado a la actualidad es que, para esta sociedad (al menos la porción masculina, noble y letrada de ella, ya que solo de esa porción del mundo romano nos llegan testimonios), las identidades sociales no eran figuradas como algo estable, continuo y constitutivo. Por el contrario, tales identidades eran percibidas como efecto de una construcción constante y reiterada que debía exhibirse y probarse ante la mirada de los otros y por medio del discurso público, instancias capaces de ratificarlas o condenarlas. Casi se podría afirmar que no había otra ontología posible que la “ontología de los gerundios” que propone Butler (1998: 299), y la virilidad, lejos de cualquier residuo de estabilidad, debía ser sostenida mediante actos repetidos en el tiempo y debía ser demostrada públicamente de modo continuo.⁶⁸

⁶⁸ “Manhood, then, for the Romans was an achieved state, not one automatically conferred, since men had to prove their virility and might well lose it.” (Manwell, 2007: 114)

Se trata de una cosmovisión en la que los modos estéticamente organizados de la injuria y el insulto se convierten en instrumentos sacros (también en sentido de malditos) de *significar* a alguien en su identidad, de otorgarle propiedades definitorias. Dado que, como plantea Bourdieu, toda acusación pública tiende a capturar a la víctima en una categorización que funciona como destino, la esencia asignada por el nombramiento performativo funciona como un *fatum* social. De hecho, consagración o estigma son igualmente *fatales* (también en sentido de mortales) puesto que encierran a quienes distinguen en los límites que se les asigna (1985: 81-82). Una vez que el insulto, la designación ignominiosa, o la injuria se difunden, pueden perpetuarse por acción de la Fama (potencia divina, capacidad del rumor, de las voces sociales, para cristalizar en realidad la palabra).

En este sentido, y más allá de las convenciones propias del género, las invectivas amorosas catulianas privilegian un modo de denigración del otro por sobre cualquier otra estrategia: el cuestionamiento de la *virilidad* del rival. Tales operatorias no sólo se enmarcan dentro de ciertos códigos éticos y protocolos sexuales vigentes en la época, sino que además ponen en evidencia un *régimen de sí*.

Los *carmina* Catulli plantean reiteradamente una división interna del *ego* poético. Esta estrategia discursiva se hace evidente en ciertos juegos lingüísticos, especialmente, el desdoblamiento de personas gramaticales en virtud del cual la voz poética parece distanciarse y hablar de sí misma en tercera persona (C. 6, 7, 11 et. al.), o escindirse en un diálogo entre un *yo* Catulo que increpa a un *tú* Catulo, para instarlo, por ejemplo, a resistir la tentación de las pasiones (c. 8), o alejarse del ocio que lo consume (c. 51). Esta subdivisión de la persona de los poemas habilita comportamientos discordantes capaces de mostrar tanto el funcionamiento de las normativas sexo-genéricas como sus posibles transgresiones. Por un lado, el *ego* poético incurre en la subversión de ciertas convenciones y protocolos sexuales, como la adopción de una posición pasiva, receptiva o excesiva, capaces de colocarlo en la posición vulnerable de receptor de injurias. Por otro lado, la voz poética se concentra en verbalizar estrategias y modos de proyectar una imagen contrapuesta, masculina, imperiosa y regulada, que se aleja del espacio de abyección mediante el insulto y la amenaza de violación a otros. De este modo, en las invectivas de Catulo, especialmente en sus ciclos amorosos, parecen establecerse *regímenes de sí* diferenciados para cada una de esas dos identidades que resultan disímiles y hasta contradictorias en el marco del código cultural romano. Sin embargo, ambos terminan por remitir y reforzar la misma norma.

Los dos polos de la identidad poética escindida de Catulo podrían quedar representados por las imágenes del *vir civis* y del *ego amator* (Cf. Schniebs, 2006). El sujeto de la relación amorosa (súbdito de una pasión amorosa que lo pasiviza o lo hace caer

en excesos que lo alejan de la *continentia*), es decir, el *ego amator*, produce contradicciones evidentes en relación con el dominio de sí, el autocontrol y la mesura, el poder activo y masculino esperables de un varón romano (o *vir civis*) de fines de la República:

(...) un *vir* es un sujeto masculino, *ingenuus*, adulto y perteneciente a los estamentos superiores cuya identidad consta del conjunto de valores que integran la *virtus* y de un 'deber hacer' que incluye el pleno y permanente ejercicio del control (*imperium*) sobre sí y sobre los 'otros' distintos de él, control que se manifiesta muy especialmente en la precedencia de lo público sobre lo privado y del bien común sobre sus intereses y deseos personales (Schniebs 2006: 92).

En este sentido, y a partir de lo que plantea Schniebs, es posible pensar que la subdivisión del ego poético en Catulo pone en tensión ese ideal de la masculinidad pública constituida en modelo a seguir para los varones nobles de la época. Mientras el polo del *ego amator* representa una transgresión que señala claramente cuáles son los límites de lo aceptable, el *vir civis* reemerge constantemente para reforzar las normativas y protocolos vigentes.

Las invectivas de Catulo, al mismo tiempo, permiten una lectura que recupera la indagación de Foucault sobre las sociedades no disciplinarias de la antigüedad y las formas en que sus individuos se interrogan sobre su propia conducta para darse forma a sí mismos como sujetos éticos (Foucault 2003: 15). Sabemos que, más allá de los protocolos sexuales y las reglas sociales que pueden presentar un marco de referencia, importan las *prácticas de sí*, las formas de autoregulación y moderación que producen subjetividades éticas, ya que la orientación a una austeridad sexual no emana para el sujeto de “prohibiciones profundas y esenciales, sino como elaboración y estilización de una actividad en el ejercicio de su poder y la práctica de su libertad” (Foucault 2003: 25).

En este sentido, el autodomínio, promulgado como necesario en esta ética de y para hombres, no es solo una constricción exterior (aunque la censura social pueda invariablemente operar como estímulo), sino un modo de demostrar la potencia viril, de ostentar la capacidad para ejercer control sobre sí como muestra de que se lo puede ejercer sobre los demás. Someterse a ciertos principios de conducta, responder de determinada manera al sistema prescriptivo de la cultura en la que se está inserto son operaciones que responden al hecho de que toda acción moral implica una relación con la realidad en la que se lleva a cabo y con el código al que refiere, pero también con la constitución de sí como sujeto moral. (Foucault 2003: 26-29).

En el contexto romano, por lo tanto, la búsqueda de la *continentia* (forma de la moderación entendida como dominio de sí mismo) y la *gravitas* (la seriedad, abnegación, severidad) (Grimal 2008: 84), responden, en virtud de las concepciones binarias y falocéntricas, a un ideal de masculinidad que desde la constitución y práctica de sí individuales se proyecta hacia el modo de ser de Roma en su conjunto:

(...) se construye al *uir* (el varón digno de ese nombre) como un sujeto modélico cuyo cuerpo y carácter, eminentemente racional, se mantienen inviolables e incólumes frente a los embates de sus propias pasiones y de las agresiones de agentes externos (Walters, 1997: 40). *Imperium* (entendido tanto como «autodominio, dominio sobre los otros»), *fortitudo* («resistencia física») y *uirtus* (el conjunto de estos y otros valores propios del *uir*) y son las nociones centrales que identifican a los varones (...). Este *imperium* o poder excede con mucho el ámbito doméstico de las esposas y los esclavos y corresponde al dominio que ejercen ciertos magistrados sobre el pueblo romano, los generales sobre sus ejércitos y Roma en su conjunto sobre los pueblos conquistados, en virtud de su presunta capacidad bélica (Palacios 2014: 94-95).

La norma, por lo tanto, consiste en la *dominatio* del *dominus* sobre todo aquello que le resulta socialmente subalterno (Quignard, 2005: 18), o, como afirma Foucault, este código ético viril consiste en “Imponerse mediante violencia a alguien que se encuentra reducido a ser objeto del placer del otro” (2003:45) Sin embargo, en las invectivas catulianas, el otro puede no ser objeto *de placer*, sino sólo objeto útil para la reafirmación del propio poder. Más que un *régimen de los placeres*, existe un régimen político de la propia imagen pública que, mediante apropiaciones e inversiones de los roles de sujeto y objeto, muestra modos diferentes de incorporar o transgredir las normativas socio-sexuales.

La imposición sexual violenta que parece el procedimiento privilegiado de los ataques verbales de las invectivas simplemente reitera y reafirma un régimen de jerarquía y poder, mientras proyecta la identidad que se quiere ostentar públicamente a través del isomorfismo entre la posición sexual y la posición social. Las amenazas de violación, las injurias que encierran al otro en un destino de *impotentia* y feminización transforman la palabra poética en una condena pública de los comportamientos desviados de las normas de virilidad.

De esta manera, la escisión en dos *personae* diferenciadas parece deliberadamente construida para que el protagonista ficcional de los poemas amorosos pueda ser visto como el sujeto que subvierte las normas y que, al transgredirlas, pone en evidencia las consecuencias de tal infracción, mientras la persona del poeta (también ficcional, pero construida para remitir al autor histórico) se reserva el lugar del acatamiento de los protocolos sexuales y sociales y, por tal motivo, permanece revestido de la virilidad que le corresponde ostentar como ciudadano romano.

A partir de estas hipótesis de base, exploraremos a continuación algunos de los tópicos y procedimientos insistentes (si no obsesivos) que componen las invectivas catulianas.

Injuria y efectos masculinidad

Las invectivas de Catulo presentan una forma poéticamente elaborada de construir abyección, de aprovechar mandatos, convenciones y valores sociales para causar un efecto doble (ataque desprestigiante del adversario y reafirmación prestigiosa del enunciador). En este sentido, se trata de una serie no ordenada de ataques que permiten infamar las desviaciones excepcionales (o no) de los hábitos y prácticas reputadas. El arte del insulto inventivo que no sólo humilla al infractor y daña su reputación, sino que consagra al sujeto de la enunciación como defensor de los valores normativos (Tatum 2007: 336), lo cual termina por crear, dentro de los términos de las concepciones romanas, una postura revestida de autoridad, masculina, potente, irradiante de *virtus*.

Ahora, los ataques pueden alegar razones diversas, motivarse en conflictos o rivalidades políticas (CC. 57, 29) poéticas (CC. 22, 36, y 40) o amorosas (CC. 37, 39, o 15).

Sin embargo, existe un sustrato identificado por Richlin (1992: 144), que se presenta como la marca u orientación dominante de los poemas de invectiva y es la acusación de robo y el subsecuente reclamo de devolución pleno de amenazas sexuales.⁶⁹ Las *flagitationes* catulianas recorren el espectro que va de la queja por el robo de objetos aparentemente insignificantes como una servilleta (C. 12), hasta el peligro de robo de un amante (C.15), o la denuncia pública de una riqueza aparentemente ilícita reunida por personajes políticos célebres de la época gracias a una avidez desmesurada (CC. 114 y 115).

Se trata de ataques que se edifican sobre una base de descrédito de la condición de *vir* de los destinatarios. El c. 25, por ejemplo, que consiste en el reclamo de un manto, un pañuelo y un bordado robados por Talo. Se abre con un vocativo que asocia con el ejecutor del hurto todos los signos de infamia posibles para su masculinidad: no sólo se lo llama *cinaede* (puto, pasivo anal) sino que además se lo compara con los elementos más blandos y suaves imaginables: el pelito de un conejo, la plumita del ganso, el lobulito de la oreja, el pene flácido de un viejo, una telaraña (vv. 1-2) Los diminutivos despreciativos de la enumeración responden al despojo del robo con otro despojo, el de la condición viril de Talo, ya que:

⁶⁹ “En efecto a poemas de invectiva donde el punto del ataque es directamente la falta de recursos y la decadencia económica del individuo (23, 24 y 26), se suma una serie de textos en los que la circulación de los bienes fuera de lo dispuesto por la norma está directamente asociada a alteraciones en la conducta sexual y, por lo tanto, a la pérdida de la masculinidad. Así, por ejemplo:

· el no haber recibido recompensa alguna como miembro de la comitiva de Memio es para el ego enunciador equivalente a haber desempeñado un papel sexual pasivo: “*O Memmi, bene me ac diu supinum / tota ista trabe lentus irrumasti!*”

· el derroche indiscriminado del dinero se vincula con el exceso y la promiscuidad sexuales: poema 29

· el robar los bienes de otros varones se vincula con una conducta sexual pasiva: poema 33” (Schniebs, 2006: 79).

(...) un verdadero *vir* es *fortis* (fuerte), *durus* (duro), *sanus* (sólido), e *integer* (íntegro). (...) No solo los valores éticos adecuados son críticos para un *vir*, sino también la potencia- física, mental, y sexual-. Para los romanos, la performance de la masculinidad incluía la demostración de dureza, donde el término “duro” (*durus*) se obtiene tanto moral como físicamente (Manwell 2007: 113-114. La traducción es nuestra).

Otra estrategia de emasculación poética propia de las invectivas de Catulo consiste en contrarrestar una amenaza (la de los rivales amorosos que ponen en peligro los derechos del ego poético sobre su amada Lesbia o sobre su joven amante Juvencio) con otra amenaza verbal: la de someter la masculinidad del contrincante mediante formas alternativas de violación.

Así, en el c. 37, advierte a los comensales de una taberna que comparten asiento con la amada, de su capacidad para forzarlos oralmente a los doscientos juntos de una sola vez. El verbo *irrumare*, que emplea en este y otros poemas,⁷⁰ implica una forma de violación que consiste en obligar por la fuerza a otro a realizar una *fellatio* en contra de su voluntad. Por lo tanto, esta forma de contrarrestar una amenaza con otra consiste en reducir a los rivales que pueden robar a su amada/o a objetos pasivos de la irrumación.

Del mismo modo, el c. 15. escenifica el modo en que un miedo (el temor confesado por el ego poético de que Aurelio no sea casto y juicioso para proteger a su joven amante virtuosamente, no del pueblo, sino de su propio pene “funesto para muchachos buenos y malos” v.10) debe ser respondido con otro miedo, aquel que se debía tener al castigo usual reservado para los adúlteros y que consistía en realizar una violación anal con rábanos y peces.

En este sentido, Richlin (1992: 145) encuentra cierta similitud entre la actitud catuliana frente al robo y aquella que suele adoptar el dios Príapo, quien mantiene a los ladrones fuera de sus jardines a través de la violación o amenaza de violación. Sin embargo, Richlin también observa que la contradicción se haría evidente en las invectivas políticas, ya que, en ellas, Catulo critica las actitudes o poses priápicas en otros, como Mamura a quien identifica con una verga gigante (*Mentula* Cf. 94, 105, 114, 115) por sus excesos materiales y lujuriosos.

De todos modos, la ambivalencia no hace sino mostrar los dos lados de la norma. Es cierto que, en sus ataques, el ego poético catuliano adopta posturas incontinentes y excesivas, al mismo tiempo que critica los excesos y la incontinencia de otros. Sus amenazas priápicas son hiperbólicas y desbordantes al punto que parecen infringir la norma de *continentia*, pero, en realidad, no se trata excesos sexuales en la búsqueda de placer, sino un exceso que es meramente verbal y busca reafirmar la propia virilidad amenazada, en riesgo de ser apropiada (robada) por otros, por lo cual debe mostrarse

⁷⁰ Cf. c. 16 o 21, por ejemplo.

dominante e imperiosa. Colocado en ese polo, no infringe los protocolos de comportamiento esperables, sino que los refuerza, del mismo modo que al denunciarlos en las personas públicas de Mamurra, César o Pompeyo se hace eco de una postura concomitante con valores normativos.

La boca, el culo y los rivales amorosos

Según Foucault (2003: 47) “El exceso y la pasividad son, para un hombre, las dos formas mayores de la inmoralidad en la práctica de las *aphrodisia*”. Sin embargo, el ego poético catuliano escenifica, especialmente en los poemas de temática amorosa, sentimientos que lo pasivizan, pasiones que lo dominan, excesos emocionales y humillaciones que contradicen esa asociación con los valores normativos de masculinidad que despliega en otros poemas.⁷¹

Los protocolos sexuales de la sociedad de Catulo regulaban especialmente el *cómo* y el *cuánto* de las relaciones amorosas. En este sentido, no importaba tanto la elección de objeto de deseo, como la posición adoptada en la relación. Mientras que el ciudadano romano adoptara una posición activa de dominio sobre un sujeto entendido como subalterno, no habría objeción social posible sobre su comportamiento. Del mismo modo, mientras demostrara dominio de sí, contención y medida, tampoco despertaría alarmas.

Sin embargo, y a pesar de parecer plenamente consciente de esas normas y las sanciones sociales que traen aparejadas, el *ego* poético de Catulo se orienta hacia la incontinencia, la exageración, la demasía y el exceso (c. 7); se muestra vulnerable a las consecuencias nefastas del ocio (c.51), pierde el dominio racional de sí (c. 8); deja que la pasión amorosa tome posesión de su ser (c. 76) y adopta una posición pasiva en los intercambios amorosos (c. 5).

Tal vez los poemas contenidos en el denominado *ciclo de los besos* constituyan el mejor ejemplo de tales transgresiones. En el c.5, el ego poético solicita a Lesbia un total de tres mil trescientos besos y la formulación sintáctica (*da mi multa basia mille*, v.7)

⁷¹ El manejo de la afectividad y de las pasiones juega un rol fundamental en la construcción y demostración pública de la masculinidad propia de cada contexto cultural: “Ahora bien, los sentimientos, las emociones, las pasiones y sus formas de expresión no son fenómenos puramente fisiológicos o psicológicos de carácter absoluto y universal comunes a todo el género humano por su condición de tal, sino relaciones que se inscriben y participan en una simbólica cultural, en un sistema de sentidos y valores propios de cada grupo social. El área afectivo-emocional es parte del código cultural, que brinda esquemas de experiencia y acción a partir de los cuales el individuo traza su conducta.” (Schniebs 2006: 54). De esta manera, existen códigos de interpretación, sanciones sociales y censuras varias relacionadas con la ostensión emocional: Los sentimientos, emociones y pasiones se miden en función de una escala en la que cada cultura instituye umbrales de apreciación. El transgredir esos umbrales, por exceso o por defecto, enfrenta al individuo a la mirada del otro y, consecuentemente, a la reprobación o a la represión: “(...) tanto la experiencia de las pasiones como el protocolo sexual son elementos culturales que están determinados por y a su vez determinan la identidad de los distintos actores sociales ya que estas maneras de pensar y actuar lo erotico-emocional dependen del modo como cada cultura concibe a sus distintos actores sociales y de las identidades y funciones que les asigna.” (Schniebs 2006: 55-56).

configura una dinámica según la cual el ego poético masculino queda en la posición pasiva de receptor, mientras el sujeto normativamente subalterno (la mujer) queda en posición activa y dadora.⁷² Tal inversión de roles, sumada al exceso desmedido (la cantidad de besos que solicita) ya resulta condenable. Sin embargo, la hipérbole poética se eleva en el c. 7, cuando la pasión hace perder la cuenta de cuánto sería “bastante y suficiente” para el ego poético, ya que los besos deberán ser tan numerosos como las arenas del desierto o las estrellas del cielo nocturno.

También los *carmina* a Juvencio se encuentran signados por la desmesura y la desproporción de las cifras, ya que el deseo declarado es besar “los ojitos de miel” del joven amante hasta trescientas mil veces (c.48.3) Además, en el c. 99, el ego poético no sólo se erige en la misma figura que condena en los poemas *flagitatio* -un ladrón- sino que también depone los privilegios de la masculinidad activa, dura y dominante cuando se vuelve víctima del rechazo del amante, se ve reducido al llanto y a las súplicas, y se convierte sujeto de la peor tortura concebible para un ciudadano romano (pasar tiempo en lo alto de una cruz).

Nuevamente, la ambivalencia parece evidente, ya que aquello que había sido objeto de condenación,⁷³ se transfigura en *aphrodisias* representadas en los *carmina* amorosos como propias. Sin embargo, es posible encontrar en los propios versos de Catulo una advertencia sobre la ingenuidad de lectura que, por obviar las propiedades constitutivas de la ficción, no repara en que esta contradicción es solo aparente.

De este modo, el *carmen* 16 constituye una postulación programática tanto en sentido literario, como en el sentido de la construcción de una estética de la existencia.

Se trata, quizás, de la invectiva más violenta de su repertorio, pero también opera como instructivo sobre algunos puntos clave de la poética catuliana.

Si bien el poema se abre con un ataque, constituye, en realidad, una defensa, una respuesta que refuta las bases de una acusación que habría recibido el poeta, a raíz de la composición de los “poemas de los besos”. En este sentido, la amenaza o promesa de imposición de la propia virilidad sobre sus objetos de ataque constituye un modo de reafirmar aquello que ha sido puesto en duda: la propia masculinidad.

⁷² Si tenemos en cuenta lo que plantea Quignard (2000:16) cuando afirma que “El amor pasivo de parte de un patricio es un crimen tan grave como el amor sentimental o el adúltero para una matrona”, sería posible pensar que el intercambio entre los personajes de este poema resulta completamente subversivo, ya que sabemos por el c. 68 que el personaje de Lesbia es una mujer casada (una matrona adúltera) y que el ego poético adopta la posición pasiva y suplicante que lo disocia de los valores de la *virtus*.

⁷³ Del mismo modo que en los poemas políticos (como el c. 115, por ejemplo) Catulo critica el exceso económico, la enormidad de las posesiones materiales ilícitas que constituyen una desmesura condenable, en otras ocasiones, Catulo reprocha amores excesivos y, por lo tanto, vergonzantes de sus amigos, como en el c. 6, en el que se denuncian múltiples signos de pasión que traicionan la furtividad de los amores de Flavio, o el c.35 en el que se evidencia una pasión amorosa que mantiene alejado a Cecilio.

El *carmen* denuncia en los destinatarios del poema (Furio y Aurelio) una suerte de ingenuidad de lectura, ya que no habrían advertido que el procedimiento estratégico empleado en la poesía catuliana consiste en hacer coincidir en nombre propio la persona histórica del autor y el yo poético. Este recurso empleado para crear un efecto de sinceridad⁷⁴ que un artificio literario destinado a hacer de sus poemas instrumento de excitación para quienes los leen, aunque jamás prediquen de la persona real detrás de la escritura. Por eso la identificación de las aphrodisias representadas en los poemas con las acciones de la persona empírica amerita un ataque verbal como defensa, conformado por amenazas de violación:

Auds, les voy a romper el orto y los voy a hacer que me la chupen,
Aurelio puto y Furio maricón
Que, porque mis versitos son muy delicados,
Me consideran poco decente
Porque corresponde que el poeta casto sea piadoso
él mismo, pero no es necesario que sus versos lo sean (...)
¿Uds., porque leyeron muchos miles de besos,
me consideran poco macho?
les voy a romper el orto y los voy a hacer que me la chupen

Los verbos *irrumare* y *paedicare* implican formas de imposición sexual que actúan como métodos de regulación de la propia imagen de virilidad. Explica Quignard (2000:15):

Las costumbres romanas son estrictas: la sodomía y la “irrumación” son virtuosas; la felación y la pasividad anal son infames. *Paedicare* era sodomizar el ano. *Irrumare* era sodomizar la boca. (...) Solo se puede *irrumare* activamente al congénere, es decir, obligarlo a recibir en la boca el *fascinus*.⁷⁵

Al mismo tiempo, estas acciones sexuales se focalizan en zonas corporales sumamente conectadas en la imaginería catuliana. Según señala Richlin (1992: 150-151), Catulo insulta constante e insistentemente a los enemigos y rivales asociando sus bocas con orificios excretores. El caso de Egnatius en el c.37. es ilustrativo ya que se lo acusa de limpiar sus dientes con orina y de ingerirla al punto de que su boca sólo tiene apariencia de pulcritud, pero en realidad está meada. Asimismo, en el c. 97 el ataque a Emilio se construye con la confusión de su boca y su culo, tan fétidos ambos que resultan, según los versos, casi imposible distinguirlos.

⁷⁴ “La identificación persona histórica/yo poético se construye desde el texto mismo, por obra del sujeto discursivo que opta por el nombre propio del autor, cumpliendo incluso el papel de dedicatario, como en el C. 8 (Miser Catulle, desinas ineptire...). Catulo apela a una estrategia del discurso según la cual asume la autorreferencialidad de un “yo” (ego) que se presenta como individuo real, y que habla de los íntimos sucesos de su persona provocando un “efecto de sinceridad” que marcará decisivamente a la poesía elegíaca posterior.” (Galán, 2008: XIV). Cf. también: Veyne (2006)

⁷⁵ El *fascinus* es un símbolo de poder y dominio masculino, es la representación del pene erecto, opuesto a la *mentula* como pene flácido.

Irrumare y *paedicare* aparecen como amenazas privilegiadas ante el peligro de robo del objeto amoroso, como puede comprobarse en el c. 15 que, como hemos visto, cierra con una amenaza de violación anal dirigida a Aurelio, y en el c. 21. (vv. 8 y 13), cuando este mismo destinatario recibe amenazas de irrumación por sus intentos de robarle al joven amante.

Por lo tanto, en el c. 16 los tópicos corporales centralizados (orificios corporales de ingreso a la integridad y dureza viril de los contrincantes) reafirman un procedimiento que permite a Catulo colocar del lado de la abyección a aquellos que lo han querido desprestigiar a raíz de su palabra poética. No sólo los vocativos *pathice* y *cinaede* sirven a este objetivo, sino que los ataques contenidos en *paedicare* e *irrumare* establecen una asociación entre amenaza sexual, oral y verbal para reafirmar la propia virilidad del poeta “casto y piadoso” completamente diferenciado de las acciones propias del ego poético ficcional.

Esa escisión entre realidad y ficción explicaría, por lo tanto, tanto las aparentes contradicciones en los poemas, como el régimen de sí observado desde los dos polos de la relación posible con la norma: infracción ignominiosa y acatamiento riguroso. Mientras el ego poético demuestra los peligros de caer en exceso y pasividad, la persona histórica, el poeta, se reserva el papel del *vir civis* dominante, una masculinidad hiperbólica que se apropia de los valores normativos tradicionales en todas las instancias que cree necesario denunciar públicamente las desviaciones del protocolo sexual y social perpetradas por otros.

La representación del régimen de sí en las invectivas catulinas, por lo tanto, parece apropiarse de los significantes de la *continentia*, como *mesotes* o punto medio, que le permite jugar con el exceso y el defecto para ponerlos en evidencia.

Referencias bibliográficas

- Butler, J. (1998). "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", *Debate Feminista*, 18: 296-314.
- Corbeill, A. (1996). *Controlling Laughter. Political humor in the late roman republic*. New Jersey: Princeton University Press.
- Foucault, M. (2006). *Historia de la Sexualidad, Tomo II: El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Galán, L. (2008). "Introducción", en *Catulo. Poesía Completa*. Buenos Aires: Colihue: V-LVIII.
- Grimal, P. (2008). *La civilización romana. Vida, costumbres, leyes, artes*. Buenos Aires: Paidós.
- Halperin, D. (1990). *One Hundred years of homosexuality and other essays on greek love*. New York: Routledge.
- Konstant, D. (2007). "The contemporary political context", en Skinner, M. B., (comp): *A companion to Catullus*. Massachusetts: Blackwell.
- Manwell, E. (2007). "Gender and Masculinity", en Skinner, M. B., (comp): *A companion to Catullus*. Massachusetts: Blackwell.
- McGinn, T. A. J. (1998) *Prostitution, sexuality, and the Law in Ancient Rome*. New York: Oxford University Press.
- Palacios, J. (2014). "Miradas romanas sobre lo femenino: discurso, estereotipos y representación", en *Asparkía*, 25: 92-110
- Quignard, P. (2005). *El sexo y el espanto*. Córdoba: Ediciones Literales.
- Richlin, A. (1992) *The garden of Priapus. Sexuality and aggression in roman humor*. New York: Oxford University Press.
- Scott, J. (1986) "Gender: A Useful Category of Historical Analysis", *American Historical Review*, 91: 1053-1075.
- Schniebs, A. (2006). *De Tibulo al Ars amatoria*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
- Tatum, W. J. (2007). "Social commentary and Political Invective", en Skinner, M. B., (comp): *A companion to Catullus*. Massachusetts: Blackwell.
- Veyne, P. (2012). *Sexo y poder en Roma*. Madrid: Paidós.
- (2006). *La elegía erótica romana. El amor, la poesía y el Occidente*. México: FCE.
- Willams, C. A. (1999). *Roman Homosexuality. Ideologies of Masculinity in Classical Antiquity*. Oxford: Oxford University Press.

Fuentes

- Fordyce, C. J. (1961). *Catullus. A Commentary*. Oxford. Oxford University Press.
- Galán, L. (2008). *Catulo. Poesía Completa*. Buenos Aires. Colihue.
- M. Tullius Cicero, *Letters to Atticus* L. C. Purser, Ed. en *Perseus Digital Library*: <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/>
- , *De Amicitia*, William Armistead Falconer, Ed. en *Perseus Digital Library*: <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/>
- Schuster, M. (1958). *Catulli Veronensis Liber*. Lipsiae.
- Soler Ruiz, A. (1998). *Catulo. Poemas*. España. Gredos.